

Orgullo, poder y cuerpo de virreina en el diario de la marquesa de las Amarillas¹

Judith Farré Vidal

Instituto de Lengua, Literatura y Antropología- CSIC
judith.farre@csic.es

Recepción: 14/04/2022, Aceptación: 26/09/2022, Publicación: 31/12/2022

Resumen

El *Diario notable de la Excelentísima Señora Marquesa de las Amarillas, virreina de México, desde el puerto de Cádiz hasta la referida Corte, escrito por un criado de Su Excelencia* es un texto excepcional dentro de la cultura literaria novohispana. No es tan decisivo que su criado, Antonio Joaquín de Rivadeneyra Barrientos, pasara a verso el diario supuestamente escrito por la Virreina como borrador en prosa o que él fuera directamente su autor, sino que lo extraordinario es que se atribuya a Rosario Ahumada y Vera, que aparece como voz poética protagonista.

El *Diario* se relaciona directamente con el del marqués de Villena, primer grande de España en desempeñar el cargo de virrey, que en 1640 encargó otro diario del viaje transatlántico.

El objetivo de este trabajo es analizar en el texto la simbología y las metáforas corporales que muestran la conciencia en el desempeño del estatus de virreina, percibido como deber y privilegio aristocrático, a lo largo de tres pasajes que narran la despedida del lugar de origen, la dureza del viaje y la fiesta en el recibimiento.

Palabras clave

Virreinato Nueva España; Virreinas; Agencia femenina; Marquesa de las Amarillas; Escritura mujeres nobles; Diario de la Virreina.

1. Este trabajo forma parte del proyecto I+D «Fastos, simulacros y saberes en la América virreinal» (PID2020-113841GB-I00).

Abstract

English Title. Pride, power and the body of a virreine in the diary of the Marquise of Las Amarillas.

The *Diario notable de la Excelentísima Señora Marquesa de las Amarillas, virreina de Mexico, desde el puerto de Cádiz hasta la referida Corte, escrito por un criado de Su Excelencia* is an exceptional text within New Spain's literary culture. It is not so decisive that his servant, Antonio Joaquín de Rivadeneyra Barrientos, turned the diary supposedly written by the Vicereine into verse as a prose draft or that he was its author directly, but what is extraordinary is that it is attributed to Rosario Ahumada y Vera, who appears as the leading poetic voice.

The *Diary* is directly related to that of the Marquis of Villena, the first great of Spain to hold the position of viceroy, who in 1640 commissioned another diary of the transatlantic voyage.

The objective of this work is to analyze in the text the symbology and the corporal metaphors that show the conscience in the performance of the status of vicereine, perceived as a duty and aristocratic privilege, throughout three passages that narrate the farewell of the place of origin, the hardness of the trip and the party in the reception.

Keywords

Viceroyalty New Spain; Vicereine; Female agency; Marquise de las Amarillas; Noble women writers; Vicereine's Diary.

Para Margo Glantz, viajera y con el corazón en la mano

En 1755 llegaba a México como virrey Agustín de Ahumada y Villalón, II marqués de las Amarillas, junto a su esposa y también sobrina Luisa María del Rosario Ahumada y Vera. Tras varios ascensos en premio a sus logros militares en Italia, Ahumada alcanzó el rango de teniente coronel de las Guardias Reales españolas y el 24 de marzo de 1755, cuando fue nombrado virrey de Nueva España, ostentaba el cargo de alcalde en Barcelona (Chiva 2012: 191). El título del

marquesado de las Amarillas era todavía por esas fechas de muy reciente creación. Fue instaurado por Felipe V el 19 de mayo de 1747 a favor de Francisco Pablo de Ahumada y Villalón, casado con Catalina de Vera y Leyva. Ambos fueron padres de una única hija, la marquesa de las Amarillas que heredaría el título ocho años después y sería virreina novohispana entre 1755 y 1760. Era claramente un título nobiliario que la Virreina aportaba al matrimonio, quien sin duda lo ostentaría con la conciencia de haberlo recibido en herencia como hija única. Este protagonismo nobiliario de la II marquesa de las Amarillas puede leerse a través de algunas noticias que la señalan como una mujer fuerte e independiente, así en la entrada que aparece en el *Diario* de Castro Santa Anna del 9 de octubre de 1756, en la que se describe una insólita salida a caballo de María del Rosario montada como un hombre, aunque no se le veía el pie en el estribo. La acompañaban personas de distinción, su caballerizo, cuatro soldados, su estufa y el coche de cámara con los caballeros pajes (Rubial 2014: 33). Manuel Romero de Terreros (1944: 56) en *La vida social de la Nueva España* también apunta que esta salida a caballo de la Virreina “llamó la atención del público respecto a no ser practicable entre las señoras de estos reinos”. El protagonismo social de la Virreina también lo pone de manifiesto Terreros en otra publicación, cuando señala que tras la solemne toma de posesión en el cargo la nobleza local se trasladó a presentar sus respetos a los nuevos virreyes y hubo “un exquisito festejo de los más diestros músicos de esta ciudad, al que asistieron la señora Virreina y muchas señoras de distinción, terminándose a más de las diez de la noche”. Al día siguiente hubo banquete obsequio de la ciudad y por la noche representación que dieron “los farsantes del coliseo en el pulido que en dicho real palacio hay, con todo género de perspectivas y tramosyas” de la comedia de *El desdén con el desdén*, de Agustín Moreto (1913: 156). Otro indicio de la preponderancia de la Virreina que recoge Rubial hace referencia a un pleito con la jaula en la catedral, que en una sesión del cabildo y a instancias de los virreyes de las Amarillas, se reclamó que volviera a ponerse en su lugar “fija y con celosías”, con el fin de corregir los abusos que se habían dado con la anterior virreina (Rubial 2014: 29). Sobre los sucesivos altercados y disputas que se generaron a propósito de este palco cerrado con celosías donde se colocaban las virreinas y el resto de las mujeres principales de la corte cuando asistían a la catedral, véase Montes (2013).

La preeminencia que por herencia y linaje nobiliario ejercería la joven Virreina dentro del matrimonio —tampoco puede olvidarse que estaba casada con su tío— se insinúa también en otras noticias, como, por ejemplo, la que se recoge en el juicio de residencia del ya entonces difunto virrey de las Amarillas —había muerto en Cuernavaca por hemiplegía en 1760— y que la Virreina viuda tuvo que encargar a algunos oidores.² Allí el Tribunal de Cuentas de México le

2. La Virreina regresó viuda a Sevilla, donde murió el 10 de diciembre de 1791. Se había vuelto

hacía un cargo de 18.147 pesos a favor de la Hacienda “como consecuencia de las muchas obras que hizo en el palacio, algunas de las cuales, un jardín, se consideraron no precisas”.³ Los marqueses de las Amarillas quedaron finalmente absueltos de este cargo y el fiscal del Consejo concluyó el expediente alabando su gran actividad en el gobierno y los méritos globales en servicio de la Corona⁴. El caso quedó cerrado, pero el detalle de los gastos aparentemente superfluos en las obras del palacio virreinal junto a la construcción de un jardín son testimonio de la ostentación y el lujo con los que se habría rodeado la vida cortesana durante su ejercicio en el cargo. Aunque sin precisar las fuentes, Romero de Terreros firmaba otra noticia en la *Revista de historia y de genealogía española*, donde recogía el dato de una salida en procesión de la imagen de la Virgen de los Remedios en mayo de 1758:

SS.EE vieron esta ostentosa procesión en la casa del señor Mariscal de Castilla, quien los convidó, y su esposa a muchas señoras principales, para que la acompañaran a cortejar a la Excm. Sra. Virreina; hallábase esta hermosa casa vistosamente aderezada y concluida la función se les suministró a SS.EE un especial y exquisito refresco de todo género de dulces, masas, quesos y bebidas heladas, sirviendo el refresco a SS.EE y las señoras los caballeros parientes de dicha casa, siguiendo después un festejo de los principales músicos y todo género de instrumentos, que duró hasta las once de la noche...; y al día siguiente remitió a la Excm. Sra. Virreina la señora Mariscala una hermosa fuente de plata llena de exquisitos dulces, y en medio una hermosa piña de plata de martillo, y en los lados dos jarras de la misma especie con pulidos ramos; otra fuente más pequeña llena de bucaritos de Guadalajara exquisitamente guarnecidos, cuyo obsequio estimó muchísimo dicha excelentísima señora (Romero de Terreros 1944: 159)

Además de los indicios que apuntan hacia una vida cortesana suntuosa y la preponderancia que ejercía la Virreina en el linaje nobiliario dentro del matrimonio, otras noticias también sugieren que Luisa María del Rosario Ahumada y Vera exhibía una predisposición piadosa a raíz del entronque familiar con santa Teresa de Jesús, con la que compartía el apellido Ahumada. Tal y como se describe en los prolegómenos de *El triunfo de la Fe*, sermón conmemorativo de la celebración de la virgen del Pilar en la iglesia del monasterio de religiosas de Nuestra Señora de Valvanera y dedicado a la Virreina en 1758, el elogio nobiliario es también un encomio piadoso a “su antiquísima y nobilísima casa por ser una de

a casar en segundas nupcias con Francisco de Giles, maestrante de Ronda (Romero de Terreros 1944: 160).

3. <<https://dbe.rah.es/biografias/5622/agustin-de-ahumada-y-villalon>>.

4. Un episodio extraño es el que ocurrió con la muerte del hijo de dos años de la pareja. Según consta, el alguacil mayor de la CDMX, D. José Álvarez de Ulate, y su mujer, Andrea de Anaya, hicieron donación *inter vivos* de todo su caudal a los marqueses para darles el pésame por la muerte de su hijo. Esa donación no fue aceptada por el Consejo de Indias y tuvieron que devolverles los bienes (Romero de Terreros 1944: 159).

las más firmes columnas de la santa fe católica y que ha tenido gran parte en sus más gloriosos trofeos” (Juncosa 1758: s.f.). La vinculación con esta ascendencia familiar se conecta además con el viaje de los seis hermanos de la Santa hasta América, que se quiere hacer corresponder con el viaje que hizo la propia Virreina desde Cádiz. La alusión se elabora a partir del juego retórico que relaciona el significado del apellido Ahumada como ennegrecido y manchado, con el celo abrasador y tizado por extender la fe de los hermanos de santa Teresa:

Seis hermanos de una nobilísima familia de Ahumada, seis hermanos de Santa Teresa de Jesús (dije ya con esto una de las mayores glorias o la mayor de V. Excelencia por la especial, amabilísima honra de ser el mismo apellido y casa de esta gloriosa doctora de la Iglesia) son los que vinieron a la conquista de Indias, de los cuales tres murieron en las batallas abrasados de un celo tanto de extender la fe a esta cuarta parte de la Tierra (Juncosa 1758: s.f.)

La Virreina ostentaría, sin duda, el parentesco como un indicio de su excelencia de espíritu, tal y como se desprende también de otra de las noticias que recoge el *Diario* de Santa Anna. Se trata de la entrada del 15 de octubre de 1757, cuando se señala que cantó con las carmelitas en su coro durante la celebración de santa Teresa de Jesús, ya que era “tierna devota de esta santa, por ser rama de su noble estirpe” (Rubial 2014: 24).

Todas estas noticias apuntan hacia una figura femenina fuerte, consciente de las obligaciones de su linaje en el desempeño como virreina más allá de su papel como consorte. Y, en este sentido, partiendo de estos indicios dispersos de los que emerge la figura de la marquesa de las Amarillas como agencia femenina de ostentación, poder, piedad y linaje en la corte novohispana, puede abordarse el análisis del *Diario notable de la Excelentísima señora marquesa de las Amarillas, virreina de México, desde el puerto de Cádiz hasta la referida corte, escrito por un criado de Su Excelencia, D. A. f. R. B. F. D. M.*. Con licencia en México en la Imprenta de la Biblioteca Mexicana. Año de 1757.⁵ Según el pie de imprenta, el texto parece ser que se escribió con posterioridad al viaje. Pietcschmann (2012: 215) ha estudiado las coincidencias con el diario que hizo García Panes sobre el trayecto de los virreyes de las Amarillas una vez desembarcados en Veracruz, y donde se recoge que el poema del *Diario* fu escrito en nombre de la Virreina para remitirlo a la corte a una amiga suya.

El testimonio del *Diario* del viaje de la marquesa de las Amarillas, sin entrar en valoraciones literarias, es un texto excepcional puesto que dentro de la tradición novohispana solo hay otro texto que describa el viaje de un virrey hasta su llegada a la capital de México. Es el de Cristóbal Gutiérrez de Medina en torno al traslado del marqués de Villena desde Escalona hasta la ciudad de México,

5. Actualmente estamos llevando a cabo la edición crítica de este *Diario*. Las citas del texto proceden del ejemplar depositado en la BNE, con signatura VE/1611/12.

con motivo de su nombramiento como virrey (1640). En este caso es el relato del viaje del primer grande de España en ostentar el cargo, de ahí la importancia que tuvo el texto para dar a conocer en la corte española todos los fastos y ceremoniales americanos que envolvían el puesto (Farré Vidal 2011).

Los dos diarios se inscriben en una misma tradición y presentan varios rasgos en común. En ambos casos reconocen la mediación de una instancia de escritura intermedia, subordinada al protagonista y destinatario primero de la publicación: el viaje del marqués de Villena fue escrito por Gutiérrez de Medina, que embarcó en la flota en calidad de capellán y limosnero del virrey, y el *Diario notable de la virreina* recoge en la portada la firma de Antonio Joaquín de Rivadeneyra Barrientos, bajo siglas y en calidad de criado. También tienen en común el recorrido geográfico del viaje, desde la salida en el puerto de mar en España hasta la entrada en la ciudad de México. Es curiosa la coincidencia con más de cien años de diferencia por la que el primer grande de España en ostentar el cargo de virrey en Nueva España y posteriormente una virreina encarguen un diario de viaje hasta la capital novohispana, un relato que en ambos casos emerge como testimonio de la grandeza e importancia del cargo virreinal. Más allá del arco temporal que encuadra la evolución y vigencia de los protocolos en el recibimiento del séquito virreinal, una de las circunstancias que convierten el diario de la Virreina en un testimonio único es, precisamente, el hecho de que el texto se atribuya a una virreina. No es tan importante que Rivadeneira pasara a verso el diario supuestamente escrito por la virreina como borrador, sino que dicha publicación impresa se atribuya a Rosario Ahumada y Vera, que aparece como protagonista y voz poética del texto. El impreso no contiene dedicatorias, aprobaciones o licencias, por lo que no puede reconstruirse el circuito impreso de la publicación o sus circunstancias de escritura, pero la portada es un signo manifiesto del orgullo de la Virreina por su genealogía nobiliaria y por su desempeño que, además, la relaciona con el marqués de Villena, el primer grande de España en desempeñar el puesto.

Bajo esta premisa, el objetivo de este trabajo es analizar en el *Diario* atribuido a la Virreina la simbología y las metáforas corporales que muestran su conciencia en el desempeño del cargo, percibido como deber y privilegio aristocrático, a lo largo de tres pasajes que narran la despedida del lugar de origen, la dureza del viaje y la fiesta en el recibimiento. Estos pueden verse, respectivamente, como secuencias de sacrificio emocional, de padecimientos físicos y, finalmente, de ostentación nobiliaria.

La despedida

Una de las primeras secuencias metafóricas puede apreciarse en el relato de la despedida e inicio del viaje hacia América. Es un momento que necesariamente debe revestirse de solemnidad, ya que el dolor por dejar atrás los orígenes es in-

dicativo de la importancia que se le da al cargo y de lo que supone el deber nobiliario. Debe ser una escena de emotividad contenida, dolorosa y serena porque la Virreina asume el viaje como una noble responsabilidad. El artificio sobre el que se edifica este relato poético de la despedida, y por extensión de todo el *Diario*, es una comunicación entre mujeres: la Virreina dirige los versos a una amiga cercana mediante el vocativo de “amiga amada”, como si se tratara de una carta. Este contexto poético recrea así un espacio de comunicación afectiva e intimidad entre mujeres, que se plantea como desahogo por el dolor del desarraigo. Desde el principio aparece la metáfora del corazón, que será el símbolo principal a la hora de plasmar la presencia del cuerpo femenino en los versos:

En tanto, *amiga amada*,
 que una y otra jornada
 dejan en mi camino
 lugar a la opresión, tiempo al destino
 permita Vuestra Excelencia
 que supla mi expresión a mi presencia
 para que esta vez el corazón presuma
 que sea el desahogo del corazón la pluma. (*Diario*, 1757, A1r)

La primera metáfora que registra la conciencia del deber del cargo y el sacrificio y dolor que supone por dejar atrás la tierra e iniciar un nuevo camino se presenta mediante la dialéctica entre el corazón que simboliza el sentimiento y la pluma como metonimia de la escritura. La voz poética del *Diario* es una primera persona que representa a la Virreina y se dirige a una “amiga amada”, y bajo esta convención poética el acto de escritura se presenta como un “desahogo”. En este clima de intimidad femenina, donde se recrea el lenguaje propio de una comunidad afectiva, el viaje se plantea como un acto de servicio hacia el Rey y hacia el esposo (“haciendo de mi fe alarde / de que es servir debido / al Rey y a mi marido”, *Diario*, 1757, A1v). El sujeto de la Virreina se representa a través de esta voz poética en primera persona y, de manera explícita, a través de metonimias corporales que evocan los sentidos y la experiencia del viaje. El corazón es, como ya se vio, la metáfora inicial sobre la que se despliega la complicidad entre el yo poético de la Virreina y la interlocutora de su “amiga amada”. Es también el órgano corporal que enlaza la marcialidad del deber oficial que representa el cargo y el sentimiento propio ante el sacrificio de la marcha:

No de Vulcano aclamación sonora
 que el aire rasga, el corazón azora.
 Permitir quise que en aqueste día
 harta opresión el corazón tenía
 y en honores marciales igual suerte
 tienen la alegre vida y triste muerte,
 si un cañón mismo aplauso y sentimiento
 muestra en el triunfo y da en el monumento. (*Diario*, 1757, A2r)

Otra de las partes del cuerpo recurrentes en el *Diario* son los ojos, que representan la vista. Se trata del sentido que permite evocar la visión del espacio como correlato objetivo del sentimiento de pérdida por la partida. Por ejemplo:

Volví los ojos a la tierra amada
y al verla separada
en natural dolor, en sentimiento
anegado el lamento
entre mil sustos que el discurso atropa,
de esta suerte le hablé desde la popa:
Adiós, patria querida,
ingrata cuna de mi triste vida,
que el ser que liberal me dispensaste
tan solo por ser más me lo turbaste,
cuando al nacer y al separarme esquivas
¿quieres que viva en ti y en ti no viva? (*Diario*, 1757, A2r)

Los ojos permiten contemplar el espacio de la despedida desde la mirada de la Virreina. Son la parte del cuerpo con la que se externa el dolor ante el viaje y la pérdida por todo lo que se deja atrás, y además favorecen que broten las lágrimas, que actúan como mecanismos intensificadores. El latido del corazón permite bombear este dolor de la despedida hacia los ojos y las lágrimas que brotan de ellos son la metáfora que acentúa el desconsuelo y lo hace visible, pero también simbolizan el agua del océano que separará las dos orillas del viaje:

la pesantez que el corazón oprime
vertiendo sobre todos tus retiros
agua mis ojos, rayos mis suspiros. (*Diario*, 1757, A3r)

La performance de las lágrimas se completa con los suspiros. La materialidad del cuerpo que aparece en estas metáforas de despedida conduce al deseo inmaterial por superar la separación del viaje. Los suspiros que acompañan las lágrimas surgidas del corazón a través de los ojos favorecen este anhelo de superación y consuelo porque su condición etérea condensa el deseo por superar el dolor del viaje. De ahí que la performatividad que suponen las lágrimas y los suspiros evoquen el deseo por aliviar la separación:

Si soy exhalación o soy meteoro
para que sepas tu atención imploro,
cuando aurora boreal
de ti salga a ser luz septentrional,
que aunque mi cuerpo ocupe el occidente
quede mi corazón en el oriente. (*Diario*, 1757, A3r)

Las lágrimas se convierten en arroyo y con esta personificación intensificadora el dolor se funde en el paisaje, recorriéndolo y convirtiéndose en eco. Des-

de la separación entre cuerpo/ corazón surgen el resto de metáforas que completan la alegoría entre occidente/oriente y obligación/devoción. Como resultado, queda el “corazón partido” en ambos lados del Atlántico:

Y, en fin, si soy arroyo peregrino
 por todo mi camino
 murmuraré de tu rigor tirano
 con la floresta, el bosque, el monte, el llano,
 por si los mismos ecos repetidos
 llevaren mis lamentos a tus oídos.
 Todo lo dejo en ti y en ti, dolientes
 amigos y parientes,
 que en tanto como yo los he querido,
 con ellos dejo el corazón partido.
 Ahí te quedan, acoge entre tus brazos
 la cara multitud de sus pedazos. (*Diario*, 1757, A3v-A4r)

El viaje

Tras el desgarró emocional de la despedida, en el transcurso del *Diario* aparecen otras alusiones corporales para evocar la presencia de la Virreina. La secuencia del viaje también se narra desde la épica del sacrificio, aunque esta vez no es por la esfera familiar que se deja atrás, sino por el esfuerzo que supone y la fortaleza física con que debe enfrentarse a las incomodidades del trayecto. En este sentido, las primeras referencias corporales aluden al mareo en el barco:

[...] fuimos navegando
 al rumbo del deseo,
 aunque yo con muchísimo mareo
 siempre de dos bajeles convoyados,
 que el Dragón y el Infante son nombrados. (*Diario*, 1757, A4v)

Una vez superados los vaivenes del trayecto, el momento del desembarco se narra desde una perspectiva solemne. Los versos vuelven a invocar la complicidad de la interlocutora amiga y retoman la metáfora del corazón, que fue fundamental en el momento de inicio del viaje. La épica del viaje se engrandece con el choque de la quilla del barco con unos riscos, un suceso que ocurre entrando a San Juan de Ulúa y que en los versos se compara con el registro mitológico de Escilas y Caribdis:

Allí, amiga del alma,
 el pecho opreso, el corazón en calma,
 a todo el que me viera
 sin duda alguna vincular pudiera

la placidez funesta a mis mejillas,
 el título más propio de Amarillas.
 De esta suerte mis sustos respirando
 por Escila y Caribdis caminando,
 desembarcar en la bahía pudimos,
 gracias al cielo dimos
 y de Ulúa la gran fuerza saludamos,
 cuyos cañones luego que avistamos,
 su respectiva frente
 lo habían ya executado urbanamente. (*Diario*, 1757, C1r)

El corazón está sereno y en calma, predispuesto después del susto, una entereza que se trasluce al equiparar el color del rostro con el apellido de las Amarillas. La heráldica domina la fisiología y la dignidad que envuelve la comitiva del viaje también se pone de manifiesto con los cañones de saludo. Después de todas las inclemencias del trayecto, este último incidente intensifica toda la gravedad que reviste el viaje y los disparos de cañón lo clausuran de forma solemne.

Superado el viaje por mar, otra forma de acentuar la aspereza del trayecto para llegar a desempeñarse como virreina es el mareo que se da también en tierra firme en el traslado en litera desde Veracruz hacia la ciudad de México:

Es este una litera
 de dos mulas tirada a la ligera,
 que la una por detrás la otra delante,
 llevan a todo paso al caminante
 metido en un cajón cuyo desgaire
 carga toda la máquina en el aire
 en un continuo horrible bamboleo,
 que me causó muchísimo mareo. (*Diario*, 1757, C3r)

Es importante que en el *Diario* también aparezcan alusiones corporales que resalten esta vertiente más somática del viaje, aunque brevemente, ya que el dolor por la marcha no es solo por la vida que se deja atrás, sino por la incertidumbre ante un duro viaje: subrayar poéticamente todas las vicisitudes que debe atravesar Luisa María del Rosario Ahumada es también una forma de acrecentar su nobleza y otorgarle el mérito de ejercer de virreina. Un testimonio elocuente que puede explicar lo que representaban para las mujeres de la época este tipo de viajes transatlánticos es una carta de llamada que Antonio Manuel Herrera envió desde México a su esposa, doña Josefa de la Oliva y Ruiz, el 24 de abril de 1758. El ejemplo de la marquesa de las Amarillas es uno de los que presenta el esposo para convencer a su mujer de realizar el viaje:

Muchas mujeres se han embarcado y han venido con sus maridos y están acá muy contentas y para que veas mi abono verdadero mira cómo la excelentísima señora virreina de México se embarcó, ahora tres años, y llegó al puerto de Veracruz felizmen-

te y está en México muy bien hallada. De otras muchas te dijera, pero a bien que las verás si me dieres el gusto de verte conmigo. (Macías-Morales Padrón 1991: 96)

El trayecto una vez desembarcados es también un recorrido duro y fatigoso, que además cuenta con el cansancio acumulado en el ultramarino. El *Diario* de García Panes, que relata el viaje de los marqueses de las Amarillas habiendo desembarcado en Veracruz, recoge algunos detalles sobre los mareos, la distribución en literas y el tránsito en carretera:

disponen despachar por delante no sólo el grueso del equipaje, si[no] también lo más de la familia, quedándose únicamente los precisos sujetos que deben seguir a Su Excelencia, como son el Secretario que traiga de su confianza (que todos lo traen aunque haya del virreinato), el Caballerizo, Mayordomo, un Ayuda de Cámara, un Cocinero, un Repostero y algún otro sirviente de esta clase. Esto es viniendo solo el Virrey, pero si hay Virreina son necesarios en su intermediación lo menos dos pajes de cuatro o seis que debe tener un Virrey de México, las criadas, dos lacayos y algunos otros sirvientes que necesite la Virreina. Pero siempre es muy conveniente que el grueso de la familia se despache por delante, encontrando ésta en todos los tránsitos el obsequio y asistencia correspondiente. [...]

A Veracruz baja el Caballerizo o persona allegada del Obispo de Puebla de los Ángeles a cumplimentar al nuevo Virrey, llevando una hermosa litera para Su Excelencia [...] Si va Virreina es lo corriente que ocupe en el recorrido la litera del Obispo de la Puebla, y para el Virrey se hace traer otra del pueblo de Jalapa, como las que se necesite para las criadas y allegados de distinción del Virrey [...] Advirtiéndose que la marcha en litera la hace solo el Virrey en la suya, y lo mismo la Virreina, para ir con más comodidad y desahogo. (García Panes 1994: 78-80)

Después del relato sobre la aspereza del viaje, el *Diario* se concentra en la fragosidad del terreno y se ocupa del encuentro del cuerpo con el nuevo paisaje. La Virreina se queja abiertamente de las incomodidades que le generan de los insectos:

Pero allí los mortales
viven sujetos a pensiones⁶ tales,
que si bien se averigua
con garrapata y nigua⁷
al que allí se quisiere avecindar,
no faltará en su vida que rascar,

6. Pensión: “La carga anual que perpetua o temporalmente se impone sobre alguna cosa” (*Aut.*).
7. Nigua: “Especie de pulga pequeña indiana, que como ladilla se pega, especialmente a los pies, e introduciéndose entre cuero y carne, pica, desazona y molesta fuertemente, y allí hace su nido y produce su cresa en una como bolsilla, por lo qual es necesario sacarla con gran sutileza y tiento, porque si se revienta y deja sus cresas, se multiplica increíblemente y hace casi irremediable su curación. Suelen valerse para remedio desto de la ceniza de la hoja del tabaco, aplicada caliente quanto se pueda sufrir” (*Aut.*).

y a más unos demonios de mosquitos
 sancudos,⁸ roedores, jejenitos,⁹
 que antes que por su cuerpo descubrirlos
 su molesto agujijón hace sentirlos. (*Diario*, 1757, C4r-C4v)

Los picores se asumen como cargas y, desde una perspectiva simbólica, pueden leerse como nuevos indicios de la incomodidad del viaje, que la Virreina también se adjudica estoicamente.

La fiesta

Uno de los hilos estructurales que, como vemos, recorre los versos del *Diario* es que la Virreina padece todos los rigores del viaje que van intensificándose desde lo emocional a lo físico y los justifica por el cumplimiento del deber nobiliario. Tras el esfuerzo y a pesar de los mareos y los picores, el relato de los primeros recibimientos señala las cortesías asociadas al cargo, finalmente lo simbólico vence al cuerpo. Estas muestras de magnificencia son equiparables, en clave positiva, a la narración de las incomodidades y peligros del viaje. También se entienden como una recompensa y se perciben en clave cortesana, alineándose con el horizonte de expectativas previsto:

El regalo, el cortejo, los primores
 que de aquestos señores
 todos en su hospedaje recibimos,
 mientras en Veracruz nos mantuvimos,
 no sabré ponderar, pues en su porte¹⁰
 nada tuvo que estrañase alguna corte. (*Diario*, 1757, C2v)

Es interesante la alusión al “porte” propio de los recibimientos novohispanos, un concepto del que, en cierto modo, trasciende la performance festiva que envuelve las ceremonias a la comitiva virreinal en cada una de las paradas hasta la Ciudad de México. Además de las finezas cortesanas, otro de los primeros indicios festivos que llaman la atención de la Virreina son los bailes de indios:

el baile, que a su usanza
 nos tuvieron los indios, una danza
 de tan buen gusto, de donaire tanto
 que, no te cause espanto,

8. “Zancudos”.

9. *Jejeén*: “Insecto díptero, más pequeño que el mosquito y de picadura más irritante, que abunda en las playas del mar de las Antillas y en otras regiones de América” (*Aut.*).

10. *Porte*: “Significa también la buena o mala disposición de una persona, y la mayor o menor decencia y lucimiento con que se trata” (*Aut.*).

no le va a deber nada
 a la más celebrada,
 y a la de la antigüedad las convivales,
 militares, sagradas o teatrales
 se traigan a la cuenta
 o las que hoy en día inventa
 en las cortes el arte más limado
 en lo bien ajustado
 de las mudanzas con el instrumento,
 la variedad de lazos, el aliento
 del manejo del cuerpo, el gesto grave,
 completo cuanto en la materia cabe. (*Diario*, 1757, D1v-2r)

El baile de indios propicia que la voz poética de la Virreina interpele de nuevo a la destinataria de sus versos. El pasaje pondera el baile en relación a experiencias de corte ya conocidas, enmarcándolo también en una tradición reconocida. Destaca la correspondencia musical, la variedad de los movimientos, la ejecución y, en definitiva, su debida correspondencia con el decoro cortesano. La presencia de los indios en este tipo de celebraciones está documentada desde 1530, cuando en las Actas de Cabildo de la Ciudad de México consta que debían participar según “lo acostumbrado” (Gonzalbo 1993: 24).

Otro de los protocolos festivos que se recogen en las Actas de Cabildo se relaciona con los banquetes y con que “se dé todos los días de fiesta colaciones ricas a Su Excelencia, tribunales y obispos [...] todo lo cual se ha de ejecutar precisamente sin admitir disculpas” (Bravo 2005: 456). El *Diario* recoge el apunte del banquete de bienvenida que el conde de Revillagigedo dispuso en Otumba para el marqués de las Amarillas, tras el intercambio del bastón de mando. Es importante señalar cómo, a través de la comida, las virreinas entrante y saliente participan en la ceremonia política del intercambio de gobierno. Su presencia permite que este acto administrativo contenga también una dimensión más social, en la que se señala la sobremesa como una experiencia gustosa, cómplice y de intercambio fraternal entre las dos parejas nobles:

de Revillagigedo el conde puesto
 hospedaje en Otumba y bien dispuesto
 el banquete suntuoso
 con que a otro día nos recibió obsequioso,
 y el bastón entregó del virreinato
 con muestras grandes de un amor muy grato.
 Con él y la condesa
 comimos a la mesa
 y pasamos gustosos aquel día. (*Diario*, 1757, E4v-F1r)

Por último, el fragmento del *Diario* más elocuente y que culmina el relato simbólico de ostentación y nobleza asociado a la Virreina es el que describe su entrada en la Ciudad de México en términos paralelos a los del Virrey. El pasaje

que la marquesa de las Amarillas dedica su interlocutora, convertida ahora en “Vuexcelencia” en lugar de la “amiga amada” a la que se había estado dirigiendo en versos anteriores, destaca en primer lugar la aclamación popular. La concurrencia de gente para darle la bienvenida es un signo demostrativo para señalar su poder de convocatoria y, por tanto, se esgrime como argumento de autoridad y correlato objetivo de su grandeza. La Virreina destaca su propia entrada “lucida” en la ciudad y cómo se dirige directamente al palacio virreinal. El protocolo exigía esta separación, puesto que el virrey era el único que tenía el privilegio de hacer su entrada a caballo y bajo palio, y la virreina debía participar en los balcones de palacio de la bienvenida al nuevo gobernante, juntamente con el resto de las damas de la corte. En el fragmento, este ceremonial se enuncia con una autonomía propia y una preponderancia que se sugiere con la repetición de los posesivos, “mi entrada”, “mi Agustín”, “mi palacio”:

Quedose aquí el virrey mientras que guiada
de innumerable pueblo, hice mi entrada
esta mañana en México lucida
cuasi en la misma forma, que advertida
notará Vuexcelencia en la que al vivo
poco después de mi Agustín describo;
viniéndome derecha a mi palacio,
en cuyo hermoso espacio
de primeras señoras recibida,
fui a uno de sus salones conducida
donde el adorno y la magnificencia,
no dejó que desear a la excelencia. (*Diario*, 1757, F1v)

Conclusiones

El *Diario* de la Virreina es un texto excepcional porque a lo largo de sus versos narra en primera persona el viaje de Rosario Ahumada y Vera desde Cádiz hasta la Ciudad de México. No resulta tan decisivo plantearse quién es el autor, si fue Rivadeneyra el encargado de versificar el borrador en prosa de la Virreina o fue directamente el autor de los versos, sino que lo que resulta sustancial es leer el texto a partir de la voz poética protagonista que se apropia del texto impreso. Resulta verosímil aceptar la convención poética a partir de la cual el viaje se narra desde la perspectiva de la Virreina. Así se anuncia en la portada del texto, rotundo al destacar su condición de *Diario notable de la Excelentísima Señora Marquesa de las Amarillas* con una tipografía mayor que la atribución autorial por parte de *un criado de Su Excelencia*. Quizá carece de preliminares porque no son necesarias licencias, dedicatorias o aprobaciones ya que la propia Virreina patrocina la publicación, orgullosa de su condición nobiliaria que también aparece tipográficamente destacada por encima del cargo de virreina.

La segunda Marquesa de las Amarillas ostenta públicamente el linaje a través de una serie de metáforas corporales, desde el corazón a los ojos y sus lágrimas, con las que deja constancia de su condición y de los deberes y blasones asociados al linaje. Si las circunstancias del contexto de escritura relativas a la autoría no son definitivas ya que el impreso carece de paratextos que las corroboren, la fecha de impresión también plantea varios interrogantes, puesto que el *Diario* se publica en 1757, dos años después de haber finalizado el viaje transatlántico. Es un largo paréntesis el que transcurre entre el viaje y la publicación del impreso, en cuyo intervalo, el 20 de marzo de 1756, había muerto a los dos años de edad Agustín Ahumada Ahumada, el único hijo del matrimonio que fallecía después de una larga enfermedad. La noticia corrobora la agencia femenina que, en un momento de duelo, se reviste de una voz poética que reivindica el mérito nobiliario asociado al cargo y destaca su papel dentro del matrimonio como portadora del título, pero también en la corte novohispana señalando la descripción de su propia entrada en la Ciudad de México. Con la publicación del diario de viaje desde el puerto en España hasta la Ciudad de México, la Virreina se equipara con el marqués de Villena, el primer grande de España en ser nombrado virrey, y con más de un siglo de diferencia y en un contexto de duelo por la muerte del hijo, reclama su linaje y se inscribe en una misma tradición nobiliaria por la que cumple sus funciones como virreina.

Bibliografía

- BRAVO, Dolores, “La fiesta pública: su tiempo y su espacio”, en *Historia de la vida cotidiana en México. La ciudad barroca (vol. II)*, coord. Antonio Rubial, México, Fondo de Cultura Económica-El Colegio de México, 2005, pp. 435-460.
- CHIVA BELTRÁN, Juan, *El triunfo del virrey. Glorias novohispanas: origen, apogeo y ocaso de la entrada virreinal*, Castellón, Universitat Jaume I, 2012.
- Diario notable de la Excelentísima Señora Marquesa de las Amarillas, virreina de Mexico, desde el puerto de Cádiz hasta la referida Corte, escrito por un criado de Su Excelencia*, México, Imprenta de la Bibliotheca Mexicana, 1757.
- FARRÉ VIDAL, Judith, “Fiesta y poder en el Viaje del virrey marqués de Villena (México, 1640)”, *Revista de Literatura*, LXXIII, 145 (2011), pp. 199-218, en línea, <<https://doi.org/10.3989/revliteratura.2011.v73.i145.259>>.
- GARCÍA PANES, Diego, *Diario particular del camino que sigue un virrey de México*, Madrid, Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo-Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, Centro de Publicaciones, 1994.
- GONZALBO AIZPURU, Pilar, “Las fiestas novohispanas: espectáculo y ejemplo”, *Mexican Studies*, IX, 1 (1993), pp. 19-45.
- GUTIÉRREZ DE MEDINA, Cristóbal, *Viaje del Virrey marqués de Villena*, ed. Manuel Romero de Terreros, México, UNAM, 1947.
- JUNCOSA, fray Juan, *El triumpho de la fe en la antigua, y nueva España: Sermon historico-panegyrico, que en la solemnísima fiesta, que en el día del santísimo nombre de Maria, consagra todos los años à Nra. Sra. del Pilar de Zaragoza su ilustre Congregacion....*, México, Imprenta de la Biblioteca Mexicana, 1758.
- MACÍAS, Isabelo, y FRANCISCO MORALES PADRÓN, *Cartas desde América 1700-1800*, Sevilla, Junta de Andalucía, 1991.
- MONTES, Francisco, “La jaula de las virreinas. Polémica en torno a un asiento indecoroso en la catedral de México”, en *Barroco iberoamericano: identidades culturales de un imperio*, ed. Carme López Calderón, María de los Ángeles Fernández Valle e Inmaculada Rodríguez Moya, Santiago de Compostela, Andavira, 2013, I, pp. 231-247.
- PIETSCHMANN, Horst, “Diego García Panes y Antonio Joaquín de Rivadeneira Barrientos, pasajeros en un mismo barco. Reflexiones en torno al México ‘imperial’ entre 1755 y 1808”, en *Un hombre de libros: homenaje a Ernesto de la Torre Villar*, coord. Alicia Mayer, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, 2012, pp. 203-232.
- ROMERO DE TERREROS, Manuel, “Don Agustín de Ahumada y Villalón”, *Revista de historia y de genealogía española*, Año II, núm. 5 (15 de mayo de 1913), pp. 153-160.
- ROMERO DE TERREROS, Manuel, *Bocetos de la vida social en la Nueva España*, México, Porrúa, 1944.
- RUBIAL, Antonio, “Las virreinas novohispanas. Presencias y ausencias”, *Estudios de Historia Novohispana*, L (2014), pp. 3-44.